

Pensadores y artífices de la guerra:

de Karl von Clausewitz a Osama Bin Laden

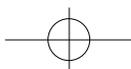
Luis Herrera-Lasso M.

En los albores del siglo XIX el general prusiano Karl von Clausewitz, veterano de varias guerras, fue designado director de la academia militar en Berlín. Durante más de una década el experimentado estratega militar se dedicó a sus labores de docencia, a organizar la academia y a reflexionar sobre el tema central de su cátedra: la guerra.

A su muerte en 1831, su viuda, una mujer de la época que entendía más de los quehaceres del hogar que de asuntos militares, decidió recurrir a un general cercano a la familia para preguntarle qué debía hacer con cientos de pliegos manuscritos que había encontrado en el archivo personal de su esposo. En sus ratos libres y como parte de la preparación de sus cursos, Clausewitz había escrito sus juicios en torno de la dinámica de la guerra, sus principios y significado, obra que intituló, simplemente, *De la Guerra* (Vom Krieg).¹

Las reflexiones de este sencillo general prusiano habrían de convertirse en el documento sobre la guerra más importante de la era moderna y cuya vigencia en el siglo XXI resulta sorprendente. Pilares del pensamiento estratégico del

¹ La primera edición en alemán apareció en 1853. A partir de entonces se ha traducido a una veintena de idiomas. No existe hasta ahora una buena traducción al español; en inglés se recomienda la de Anatol Rapoport (*On War*; Gran Bretaña, Penguin Books, 1968), con una espléndida nota introductoria del autor. Particularmente se recomienda la traducción realizada por Michel Howard y Peter Paret, que contiene tres extraordinarios ensayos introductorios a cargo de Peter Paret, Michel Howard y Bernard Brodie, tres de las máximas autoridades del pensamiento estratégico de la segunda mitad del siglo XX (*On War*, Princeton, Princeton University Press, 1976).





siglo xx como Liddell Hart en Gran Bretaña, Raymond Aron en Francia y Bernard Brodie en los Estados Unidos, rinden homenaje al general prusiano que, a través de una sola obra, se convirtió en maestro y guía de todo aquel que pretenda incursionar en la naturaleza y en los alcances del fenómeno de la guerra, sea en el campo de la política, de la estrategia o de la táctica militar.

Estudioso y agudo observador de las guerras napoleónicas (que peleó del lado de los rusos, pues en su época todavía era común que los militares alquilaran sus servicios a los ejércitos de otros países), Clausewitz fue el primero en identificar a la guerra como un fenómeno propio del Estado-nación moderno, a partir de que éste se consolida con la institucionalización del ejército nacional, proceso que inicia en Francia al triunfo de la revolución. Fue también el primero en reconocerla como un instrumento esencialmente político para el logro de objetivos políticos. Fue pionero en ahondar, hasta el más mínimo detalle, en la fenomenología de la guerra moderna, desde su esencia política hasta su cotidianidad en el campo de batalla.

También fue el primero en advertir que ir a la guerra era una decisión demasiado grave como para dejarla en manos de los militares, por la enorme responsabilidad social y política que suponía. Afirmaba que el militar o el gobernante podían tomar la decisión de ir a la guerra y de cuándo hacerlo, pero que a partir de ese momento la guerra tenía su propia dinámica y que fácilmente podía escapar del control de políticos y militares.

A partir de la segunda mitad del siglo XIX su texto se convirtió en lectura obligada en la mayor parte de las escuelas militares europeas, lo que no necesariamente se reflejó en un diligente aprendizaje. Los responsables de la conducción de la primera guerra mundial, todos ellos familiarizados con el pensamiento del general prusiano, olvidaron máximas tan importantes como nunca perder de vista el objetivo político de la guerra, contar siempre con una defensa alternativa en caso de fracasar la ofensiva, o no dejar la guerra exclusivamente en manos de los militares, que por su profesión tienden a descuidar la conducción política de la acción armada.

Los vencedores de esta guerra también dejaron de lado enseñanzas tan importantes como nunca exigir al vencido condiciones de rendición fuera de su alcance o nunca llevarlo a la humillación, máxima que se encontraba ya en los



escritos de Sun Tzu, el gran estratega chino, que aconsejaba cuidar al enemigo, *que en su coraje y valor es capaz de aceptar con honor la derrota, pero nunca la humillación.*²

Conocedor profundo de los filósofos de su época, Clausewitz extrajo con gran inteligencia los postulados de la dialéctica hegeliana y los principios esenciales de la *razón pura* y la *razón práctica* de Emmanuel Kant, para entender la dialéctica misma de la guerra y para llegar a la conclusión de que, a pesar de que en teoría toda guerra es absoluta, en la práctica nunca se da en esos términos.

Han pasado casi dos siglos desde que Karl von Clausewitz escribió su obra y la mayor parte de sus postulados básicos siguen vigentes. El siglo XX fue testigo de dos guerras totales y de la aparición de las armas nucleares. Sin embargo, el sentido, el propósito y la esencia de la guerra no se modificaron, más allá de la diferenciación entre guerra total y guerra limitada, a partir del uso restringido de la capacidad de destrucción o de los alcances geográficos de la conflagración. A la luz de los nuevos escenarios resulta importante indagar hasta dónde los principios básicos de la guerra, que han orientado a políticos y militares en los dos últimos siglos, siguen siendo válidos. La guerra contra el terrorismo aparece como un caso de estudio en especial interesante.

“LA GUERRA ES LA CONTINUACIÓN DE LA POLÍTICA POR OTROS MEDIOS”

Karl von Clausewitz destaca en su obra algunos principios básicos que de no respetarse podrían llegar a convertir la guerra en un acto irracional (uso de la violencia organizada sin el alcance de objetivos políticos).

Para Clausewitz la guerra resulta racional cuando es producto de un acto político que busca el logro de los intereses del Estado, y puede traducirse en acciones militares de carácter ofensivo (expansión) o defensivo (*statu quo*), pero que sólo se justifica cuando es un instrumento del Estado (en muchos casos un mal necesario) para proteger o promover los intereses de sus ciudadanos

² A la fecha resulta sorprendente la vigencia del pensamiento chino de la antigüedad sobre guerra y estrategia. Si bien el autor más conocido es el general Sun Tzu (siglo V a.C.) hay escritos del mayor interés de otros autores chinos de la época.



frente a las amenazas externas. En esta medida la guerra es un acto racional cuando persigue un fin político claramente definido. La otra condición *sine qua non* para ir a la guerra es la percepción, debidamente fundamentada, de que *estaré mejor si voy a la guerra o acepto el reto de la guerra, que si me mantengo en la situación actual.*

En el siglo XX la sociedad internacional registró cambios importantes que han repercutido en el ámbito de la guerra. El avance de la variable tecnológica y la democratización de la información en sociedades abiertas han llevado a que el Estado pierda el control exclusivo del uso organizado de la fuerza, desde el momento en que el progreso tecnológico ha abierto un amplio espectro de posibilidades que se pueden utilizar indistintamente con fines civiles o militares, ya sea para el desarrollo económico o para la destrucción. Estos cambios han tenido una gran influencia en el pensamiento estratégico contemporáneo, en particular en el capítulo de las estrategias defensivas frente a enemigos no convencionales, esto es, actores distintos al Estado-nación, que en un momento determinado pueden lograr la capacidad de organización y el acceso a medios de destrucción masiva para amenazar los intereses de un Estado o de una sociedad.

En la era del terrorismo internacional, como veremos más adelante, existe una correlación, para ambas partes, entre el uso de la fuerza y el logro de un fin político. La diferencia principal estriba en que, por un lado, tenemos a uno o más Estados con ejércitos y fuerzas regulares, responsables de la integridad, la independencia y el bienestar de sus ciudadanos. Por otro lado, tenemos organizaciones que no representan a un Estado, sino a los intereses de grupos particulares que a través de la violencia buscan modificar el comportamiento de los gobiernos para alcanzar sus propios objetivos políticos.

Uno de los giros más interesantes radica en que mientras a Clausewitz le toca la aparición del Estado-nación moderno con la institucionalización del ejército nacional, lo que deja atrás la legalidad y legitimidad de los ejércitos privados, del príncipe o de los mercenarios, en la segunda mitad del siglo XX aparecen de nuevo grupos independientes del Estado que a través de la violencia organizada buscan conseguir objetivos políticos. La sentencia básica de Clausewitz, entonces, sigue siendo válida en lo que hace al sentido del uso



de la fuerza, no así en lo que se refiere a las entidades, legítimas o ilegítimas, que pueden hacer uso de la violencia organizada para el planteamiento o la resolución de un conflicto de intereses.

“EL CONOCIMIENTO ADECUADO DEL ENEMIGO ES TAN IMPORTANTE
COMO LA CLARIDAD DE LOS OBJETIVOS QUE SE PERSIGUEN”

El general prusiano sostenía que un estratega que va a la guerra sin saber quién es su enemigo, tiene altas posibilidades de perderla. En un contexto de entidades asimétricas, en la búsqueda de fines políticos, se convierte en tema fundamental el conocimiento del enemigo, sus objetivos y modos de operación, a efecto de contener, disuadir o neutralizar su capacidad ofensiva o, en el caso del terrorista, de causar un daño.

En la guerra contra el terrorismo el enemigo resulta distante y ajeno. Osama Bin Laden, el líder más buscado y presunto responsable de los atentados del 11 de septiembre en Nueva York, no cuenta ni con Estado ni con territorio propio. Arabia Saudita, su país de origen, le retiró la ciudadanía en 1992. Técnicamente es un apátrida. Por otro lado, su manera de pensar y de actuar está basada en el Corán y en el ideario del islam, de donde le viene su principal fuerza ideológica, y no en los intereses o en el ideario de un Estado-nación moderno.

En este punto, es importante recordar que el fundamentalismo islámico tiene un origen más político que religioso. Surge del pensamiento de distintos estudiosos musulmanes del siglo XIX que pugnaban *por un retorno a las fuentes del islam* como una defensa frente a la presencia e influencia occidental encabezada por el imperio británico.³

Inspirados en esta visión del mundo, surge en Egipto la *Hermandad Musulmana*, el primero de los grupos militantes de abierta oposición al extranjero en las tierras del islam. El modelo egipcio sirvió para el surgimiento de *hermandad* -

³ Entre los iniciadores de este movimiento destacan Jamal Din al-Afghani, Mamad Abbu y Mamad Rashid Rida, que coincidieron en Egipto en el siglo XIX con un discurso religioso orientado hacia la conformación de Estados nacionales en territorios habitados por practicantes del islam.



des musulmanas en diversos países de mayoría musulmana. En la actualidad la mayor parte de los gobiernos han declarado ilegales a estos grupos.⁴

En el siglo xx los líderes independentistas de prácticamente todos los antiguos dominios coloniales con población musulmana retomaron elementos religiosos para sustentar sus proyectos nacionales. En esa evolución las instituciones religiosas sustituyen en no pocos casos a las instituciones del Estado y se proclama la necesidad de un retorno a las fuentes originales del islam, o que lleva a la proyección política del credo religioso, que ha inspirado diversos intentos de construcción de un islam político con formas estatales, como es el caso de Irán, de las monarquías del Golfo Pérsico y del propio Pakistán.

En lo que se refiere al fundamentalismo islámico, el término llegó a la opinión pública de Occidente en el marco de los conflictos en el Medio Oriente a mediados del siglo xx. Para los observadores occidentales se estableció una relación directa entre el pensamiento conservador musulmán y los grupos radicales de militancia política en el mundo árabe. Esta dinámica llevó a que ciertos líderes religiosos musulmanes identificaran a Occidente como el gran enemigo de la pureza primigenia del islam. Es en este contexto que se retoma la Jihad, o guerra santa, como una obligación de los musulmanes, a quienes “Dios les ordena imponer el islam por la fuerza y defenderlo; ofrece recompensa eterna a todos los creyentes y misericordia e indulgencia a aquellos que combaten por la causa”.

De este trasfondo político y religioso emerge Osama Bin Laden y un grupo de correligionarios dispuestos a llevar hasta sus últimas consecuencias la guerra santa contra Occidente, en particular contra los Estados Unidos. Con recursos propios, heredados de una acaudalada familia de Arabia Saudita, Osama Bin Laden se rebela en contra del gobierno saudita por considerarlo corrupto y títere de los Estados Unidos. El rico heredero hace alianza con los fundamentalistas egipcios y, con base en su capacidad financiera y de organización,

⁴ En Egipto se les señala como responsables del asesinato del presidente Anwar el-Sadat, en 1981, a quien habrían decidido matar por haber firmado los acuerdos de paz con Israel. También en Filipinas la hermandad musulmana ha sido el núcleo de las guerrillas. En otros países como Pakistán, India, Sudán, Túnez, Marruecos, Líbano e Irak han existido organizaciones con la misma denominación pero no necesariamente con un vínculo orgánico entre sí.



logra crear células en distintos países del mundo islámico. Para ello aprovecha las vulnerabilidades y necesidades de gobiernos poco amistosos con los Estados Unidos, como es el caso de Sudán, Somalia y Afganistán. Aprovecha también la existencia de grupos radicales islámicos en países como Indonesia, Filipinas, Marruecos, Egipto, Argelia y las propias organizaciones palestinas, para conformar sus redes de entrenamiento y de operaciones. Así nace Al Qaeda (la base).

En 1992 Osama Bin Laden es expulsado de Arabia Saudita, y después de un periplo por África, en 1996 hace de Afganistán su principal base de operaciones, aprovechando su cercanía ideológica con el mulah Mohamed Omar y con el gobierno talibán (plural de talib), a quienes apoyó en forma decisiva en la guerra contra los soviéticos.

A partir de 1993 Al Qaeda inicia su ofensiva terrorista en contra de los Estados Unidos: dos atentados contra el World Trade Center de Nueva York (1993 y 1996), dos exitosos golpes contra las embajadas de Estados Unidos en Kenia y Tanzania (1998), la destrucción de una embarcación militar de los Estados Unidos en Yemen (1999) y su golpe maestro, los ataques a las torres gemelas en Nueva York y a las oficinas centrales del Pentágono, en Washington, el 11 de septiembre del 2001.

La principal alianza de Al Qaeda en esta guerra resulta de una combinación poco usual entre una poderosa organización terrorista de estructura y alcances internacionales y lo que se supone ser el gobierno formal de un Estado-nación del siglo xx. En el contexto de la guerra, lo que une a estos dos actores es su visión del islam como base de cualquier comportamiento político y social. Después del 11 de septiembre el gobierno de Estados Unidos hizo extensiva su declaración de guerra a cualquier gobierno o Estado que apoyara a los presuntos responsables de los ataques. El gobierno talibán se constituyó así en enemigo formal en esta guerra. Las características particulares del gobierno talibán lo convierten en un enemigo poco común.

El mulah Mohamed Omar, líder de los talibán, tiene un perfil que corresponde más al de un gobernante clandestino (jamás aparece en público), que durante su gobierno sólo realizó dos breves visitas a Kabul (capital del país) y al que nadie le conoce el rostro (más allá de sus allegados). Al igual que Osama



Bin Laden, líder de Al Qaeda, el mulah está habituado a vivir rodeado de fuertes aparatos de seguridad, en permanente estado de alerta y cuidándose de sus múltiples enemigos. En este sentido, la guerra con los Estados Unidos y sus aliados no parece haber cambiado mucho sus rutinas.

Los seguidores de Mohamed Omar, casi todos ex combatientes (él y al menos la mitad de su gabinete y altos mandos tienen mutilaciones físicas producto de la guerra civil), poco saben de lo que es una vida segura y tranquila, de familia o de comunidad, o del trato cotidiano entre gobernantes y sus gobernados. Acostumbrados a mantenerse en el poder con riesgo de su propia vida, son extraordinariamente estrictos con sus bases e implacables con quienes contravienen sus órdenes. Con sus enemigos son inflexibles. Los destruyen o los compran (el soborno es una de las formas más comunes de hacer política en Afganistán). Dificilmente se sientan en una mesa de negociaciones. La traición o lo que se le parezca, se castiga con la muerte.⁵

Este perfil del enemigo es un perfil sociológico a varios años luz de lo que pueden ser, pensar o sentir los políticos o el ciudadano promedio de los Estados Unidos o de Europa Occidental. El paso conceptual de la *lucha contra el terrorismo* (que inicia en los sesentas) a la *guerra contra el terrorismo*, a partir del 11 de septiembre, sin duda tiene que ver con la imposibilidad de impedir el crecimiento y desarrollo de una organización, radical y violenta, con alcances internacionales, que escapó a las estrategias convencionales de guerra desarrolladas durante el siglo XX.

“LA GUERRA TOTAL CONSISTE EN EL USO DE TODOS LOS MEDIOS
DISPONIBLES PARA SOMETER LA VOLUNTAD POLÍTICA DEL ENEMIGO”

Decía Clausewitz que después de tomada la decisión de ir a la guerra, era necesario hacer uso de todos los medios disponibles para someter la voluntad del enemigo. En el ámbito militar el principal objetivo debe ser neutralizar la capacidad ofensiva del enemigo.

⁵ Para entender los orígenes y la mentalidad de los talibán se recomienda ampliamente la lectura del libro del periodista pakistani Ahmed Rashid, 2001.



El general prusiano habla de la guerra total en el sentido de que no se debe escatimar el uso de los medios disponibles para alcanzar la victoria. Sin embargo, dice, la guerra, en la práctica, no se da en términos absolutos, ni se puede utilizar toda la fuerza disponible en un solo escenario ni en un solo momento, pues generalmente la guerra no se gana (o se pierde) en una sola batalla. Por otro lado, advierte que la acción militar debe siempre acotarse al objetivo político, pues en el momento en que la acción militar rebasa el objetivo político la guerra pierde su sentido. En otras palabras, la guerra debe hacerse en forma eficiente y eficaz.

Una de las principales preocupaciones de Clausewitz es el uso ineficiente de los recursos, en particular lo que se refiere al uso de los ejércitos (y de vidas humanas) en operaciones militares vanas que no den los resultados políticos esperados. En este contexto el general prusiano es especialmente enfático cuando señala que de no alcanzarse la victoria en la forma y en los plazos previstos (situación que puede darse por múltiples razones: desde el desconocimiento del enemigo o de las propias capacidades hasta la buena y la mala suerte) se debe contar siempre con una alternativa defensiva y con una posición de negociación.

Por último, Clausewitz señala que si bien al momento de entrar a la guerra es necesario hacer uso de todos los medios disponibles para alcanzar una rápida victoria (significado último de la guerra total), ello no significa buscar la eliminación total del enemigo sino exclusivamente de su capacidad de destrucción.

En la guerra contra el terrorismo se cumplen algunos principios fundamentales, quizás el más importante es el uso de la violencia organizada para alcanzar un fin político. Difiere del contexto básico de la teoría de la guerra por las asimetrías entre los contendientes, pues no es una guerra que se dé entre entidades políticas similares; tampoco es una guerra entre fuerzas equiparables, no sólo por sus dimensiones y capacidades distintas, sino por el uso de medios tan disímiles para ejercer la violencia. Las formas de organización también difieren en forma importante, lo mismo que las estrategias y las tácticas de guerra.

La guerra con actos terroristas (en este caso la Jihad) y la guerra contra el terrorismo caben en el sentido amplio de la definición de guerra (incluso ambas partes, en su momento, hicieron la declaración explícita de guerra a la otra parte), pero se diferencian de cualquier escenario de guerra regular por la disi-



militud de las entidades involucradas y por los medios utilizados. Un claro reflejo de estas asimetrías son las estrategias, ofensivas y defensivas, que son totalmente distintas. El hecho de que la definición de la guerra sea distinta (en positivo y negativo, *terrorismo* y *guerra contra el terrorismo*), pone en evidencia las dificultades para conceptualizar esta guerra en términos convencionales.

La génesis del momento resulta ilustrativa. Al final de la guerra fría los estrategas occidentales empiezan a otorgar cada vez mayor importancia a las amenazas provenientes del terrorismo internacional, dada la posibilidad creciente de que grupos minoritarios, con mínimos recursos financieros pero con un objetivo claro y un nivel adecuado de organización, dispongan de armas de destrucción masiva y puedan causar con ello daños inaceptables a sociedades enteras, sea a través de dispositivos nucleares o de armas químicas y bacteriológicas. De hecho, se alcanza una situación donde la disponibilidad potencial de armas de destrucción masiva, dada su sofisticación tecnológica, pero al mismo tiempo su fácil acceso, marcan la pauta de una nueva era.⁶

Estos escenarios influyen en el pensamiento estratégico tradicional en el sentido de que las amenazas ya no necesariamente habrán de provenir de un Estado. Por su forma de operación, siempre clandestina y sorpresiva, se reducen las posibilidades de disuasión a través de estrategias de guerra convencionales. Resulta interesante observar cómo conceptualmente, desde el punto de vista de los actores dominantes del sistema internacional, el terrorismo no tiene ninguna legitimidad o fundamento político válido, es calificado de ilegítimo e ilegal, y sus acciones se trasladan al ámbito criminal. Esta conceptualización se ha hecho extensiva a los grupos guerrilleros, con lo cual se busca invalidar cualquier pretensión de negociación o incluso su legítima reivindicación.⁷

⁶ La variable tecnológica ha sido siempre uno de los elementos determinantes del pensamiento estratégico, pues a partir de los medios disponibles se definirán las estrategias y las tácticas de guerra. Sobre el tema resulta en especial interesante la obra de William H. McNeill, *The Pursuit of Power*, en la que hace un recuento histórico, desde la antigüedad hasta nuestros días, sobre el avance tecnológico en el ámbito militar.

⁷ Para el presidente Ronald Reagan prácticamente cualquier grupo que pretendiera reivindicaciones políticas y sociales a través de acciones armadas era terrorista. Así calificó en todo momento al Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional, de El Salvador. Con el adjetivo de "terrorista" se descartaba en principio cualquier opción distinta a la destrucción o rendición, pues no se le concedía ninguna legitimidad o identidad política.



La guerra contra el terrorismo internacional se inició al menos hace cuatro décadas. Las acciones del gobernante libio Omar Kadafi llevaron a que se acuñara el término “terrorismo de Estado”, entendido como actos terroristas internacionales que son avalados por un Estado. En este nuevo entorno algunas organizaciones radicales iniciaron en los años sesenta golpes terroristas, como secuestros de aviones o atentados violentos (Olimpiada de Munich en 1972). Sin embargo, no es sino hasta 1983, a raíz de los sucesos en Líbano, cuando se utiliza por primera vez el término “terrorismo islámico”.⁸

En el otro lado del espectro están los grupos terroristas internos, como la ETA en España, el IRA en Irlanda, las Brigadas Rojas en Italia y el Ejército Rojo en Japón, que hasta ahora no han formado parte de la agenda del terrorismo internacional por ser consideradas organizaciones radicales de oposición al interior de un Estado, y cuya vocación es mantener activa su causa a través de acciones violentas, indiscriminadas o no, que generen atmósferas de inestabilidad, temor e incertidumbre entre la población, como una forma de presión sobre los gobiernos.

La lucha contra el terrorismo por parte de los Estados Unidos se convierte en tema prioritario a partir de la aparición de Al Qaeda y de su líder Osama Bin Laden. A diferencia de otras organizaciones terroristas, Al Qaeda no tenía la costumbre de reivindicar sus golpes, lo que siempre dejaba una sombra de duda sobre los orígenes del atentado. Sin embargo, cuando se dan los ataques terroristas en contra de las representaciones diplomáticas de Estados Unidos en Kenia y Tanzania, en el verano de 1998, se cuenta ya con la suficiente información como para establecer que el autor intelectual de dichos atentados es el líder de Al Qaeda. Por la magnitud y capacidad de destrucción de los operativos, es evidente que no se trataba de un enemigo menor que se pudiera neutralizar o controlar, ni siquiera con la instrumentación de operativos especiales, complementarios de la estrategia de guerra convencional. Las estrategias militares existentes difícilmente se podían aplicar en contra de un adversario de esa naturaleza.

⁸ Una interesante descripción de la evolución conceptual del terrorismo se puede encontrar en la obra de Fernando Reinares, 1998.



Resulta de sobra interesante lo que ocurre a partir de 1998. Los Estados Unidos movilizan a las Naciones Unidas y logran una resolución que exige al gobierno talibán la entrega de Al Qaeda, lo que, por supuesto, no sucede. Inician entonces, discretamente, los operativos especiales en Afganistán para la búsqueda y destrucción de Al Qaeda y de su líder, pero en el camino aparecen una serie de tropiezos políticos y burocráticos que impiden se logre el objetivo. Según los testimonios de integrantes de las propias agencias estadounidenses responsables de los operativos especiales, había instrucciones presidenciales de alcanzar el objetivo pero con la limitación de no causar daños colaterales.

Las fuerzas asignadas para esta misión cuentan con recursos limitados y estrechos márgenes de acción. La búsqueda y neutralización de Al Qaeda y su líder durante este periodo resultan infructuosas. Las agencias responsables tampoco logran articular una estrategia defensiva en contra del terrorismo. En última instancia, ambas estrategias, ofensiva y defensiva, fracasan. Al Qaeda siguió creciendo y trabajando en la preparación de sus operativos y nada logró evitar la catástrofe del 11 de septiembre. A pesar de todos los medios disponibles, la estrategia no logró ser ni eficiente ni eficaz en la aplicación de sus recursos. Estados Unidos perdía así la primera fase de esta guerra.

El 11 de septiembre dio un vuelco muy importante a la misma. Los efectos destructivos de los ataques de Al Qaeda (con los medios a su alcance, que resultaron ser medios no militares usados para producir efectos destructivos de gran magnitud), pusieron a los Estados Unidos en una posición insólita. Nunca nadie había realizado un ataque de esa magnitud en territorio estadounidense. Esto marcó el momento de poner todos los recursos disponibles al servicio de un único objetivo: la destrucción del enemigo. Queda aún por definir la forma de lograrlo.

La complicidad del gobierno talibán con Al Qaeda puso a los Estados Unidos en un terreno más seguro, en el que su fuerza militar convencional podría ser utilizada para lograr un primer objetivo: destruir a un gobierno en un territorio determinado y abrirse camino para alcanzar un propósito ulterior, la destrucción de Al Qaeda. Nadie pone en duda en ese momento la legitimidad de utilizar todos los recursos necesarios (militares, económicos y diplomáticos) para acabar con los responsables de los ataques. Al momento de concluir este ensa-



yo (diciembre de 2001) el empleo de recursos militares en la estrategia de guerra convencional resultó eficiente y eficaz. A dos meses de iniciadas las operaciones militares por parte de las fuerzas antiterroristas, el gobierno talibán perdió el control político y militar de Afganistán. Paralelamente, los ataques a instalaciones, infraestructura e integrantes de Al Qaeda han resultado en un daño importante a la organización. Adicionalmente se pusieron en marcha recursos no militares para acosar, cercar y neutralizar la red internacional de la organización, lo que constituye un despliegue sin precedentes de medios no convencionales de guerra, para un enemigo no convencional. La guerra se convierte en guerra total desde el momento en que se utilizan todos los medios disponibles y participan todos los actores dominantes en el sistema internacional, algo que no sucedía desde la segunda guerra mundial.

“LA GUERRA SE SUSPENDE CON LA RENDICIÓN DE UNA DE LAS PARTES”

Clausewitz mencionaba que el objetivo último de la guerra es someter la voluntad del enemigo a través de la acción armada. Sin embargo, el acto de la guerra no concluye con neutralizar al enemigo, pues la guerra es sólo un fragmento de la relación que existe antes y después de la acción armada.

En un escenario de guerra convencional, quien resulta vencedor plantea los términos de la rendición y el derrotado acepta explícitamente las consecuencias políticas, económicas o territoriales que se deriven. Usualmente el enemigo no desaparece y se establece una relación después de la guerra que se define a partir de los términos de la paz o de la rendición.

Frente a un enemigo no convencional que no tiene ni territorio ni una población que gobernar, tanto la rendición como las condiciones de posguerra resultan difíciles de definir. Para el gobierno talibán la derrota significa el abandono de sus posiciones de control político y militar. En algunos casos se entregaron las poblaciones a las fuerzas ocupantes; en otros casos el ejército derrotado no aceptó la rendición, como sucedió en Mazar-i-Sharif, donde entre trescientos y seiscientos prisioneros del ejército talibán se amotinaron y se enfrentaron a las tropas ocupantes, aparentemente con la consigna de morir antes



de entregarse al enemigo, pero en ningún caso se abandonaron las armas o se firmó una rendición formal.⁹

En los primeros días de diciembre el cerco aliado en el área de Toro Bora, colindante con Pakistán y en donde se encuentra una de las principales bases de Al Qaeda, llevó a la rendición de las tropas ahí estacionadas, lo que no significa ni la rendición de Al Qaeda en su conjunto ni la entrega de Osama Bin Laden. El acto de la rendición usualmente se acompaña con la entrega de las armas. En el caso de los talibán no se han entregado las armas y su líder Mohamed Omar está desaparecido, lo mismo que Osama Bin Laden.

Sin un territorio que defender, les queda a ambos líderes mantenerse en la clandestinidad (como lo han hecho hasta ahora) y aprovechar las condiciones del terreno para ocultarse y reanudar la lucha contra el nuevo gobierno, contra las tropas invasoras o contra ambos. En función de sus recursos y de su capacidad operativa restante, el líder de Al Qaeda podría intentar otro golpe para mantenerse en la contienda. Ambos escenarios resultan poco probables, por el desgaste sufrido, pero no imposibles. En estos escenarios la estrategia ofensiva no cuenta con respuestas contundentes por parte de las fuerzas antiterroristas.

“DE LA FORMA DE HACER LA GUERRA DEPENDERÁ
LA MANERA DE ALCANZAR LA PAZ”

La prestigiada historiadora norteamericana Barbara Tuchman, en su libro *The March of Folly*, relata distintos capítulos de la historia en que los responsables de un gobierno toman decisiones que resultan catastróficas para sus pueblos o imperios y para ellos mismos. En el fondo los fenómenos más complejos tienen su propia lógica y racionalidad, desde la perspectiva de una época determinada, con sus propias condiciones y mentalidades. Los resultados se miden en victorias y fracasos, y en eso la historia, en retrospectiva, no hace grandes

⁹ Este es uno de los episodios más cruentos y que mayor controversia han causado sobre esta guerra. La información disponible proviene de las fuerzas aliadas, pero existen muchas dudas acerca de lo que realmente sucedió en ese lugar.



concesiones. Si bien situaciones extremas como la aparición de los talibán (cuyo surgimiento tiene más que ver con la descomposición del Estado que con un proceso revolucionario de masas) pudieran generar la impresión mundial de que aquellos que se presentan como “islamistas” constituyen una amenaza para el sistema internacional, en realidad la mayor parte de los gobiernos declarados islámicos conviven en el marco jurídico y en la economía internacionales, como todos los demás Estados.

Hoy en día puede decirse que la mayor parte de los movimientos radicales de inspiración islamista comparten valores, pero no constituyen una “organización”. Las diferencias étnicas, culturales, lingüísticas y nacionales entre ellos (de lo cual también derivan rivalidades importantes) hacen prácticamente imposible pensar en la articulación orgánica de estos grupos.

En varios países las hermandades musulmanas fueron rebasadas por grupos radicales como el de Osama Bin Laden, especialmente por su activismo, y por sus recursos económicos y militares. En el sudeste asiático, en años recientes, la inestabilidad política y la desigualdad social han dado lugar al discurso militante. Ante la desaparición y/o debilidad de los gobernantes centrales y la debilidad de la oposición “oficial”, la militancia islámica ha podido incorporar a grupos relativamente marginados de la sociedad. En otras palabras, la debilidad del proyecto político surgido de la descolonización ha ofrecido interesantes espacios de participación al radicalismo.

Sin que estos movimientos constituyan fenómenos de alcance nacional, contienen elementos de desestabilización local cuyo mal manejo por parte de los gobiernos centrales puede derivar con facilidad en una insurgencia mayor, especialmente si se opta por una represión generalizada, como ha sucedido en Argelia y Cachemira, y no en un manejo selectivo, como en Egipto o en Túnez.

La caída del gobierno talibán y la eventual destrucción de Osama Bin Laden y su organización pueden poner fin a un capítulo, incómodo y muy costoso, para el país más poderoso del siglo XX, pero no necesariamente significarán el fin de esta guerra.

El perfil del enemigo, como decíamos al principio, resulta determinante para el diseño de las estrategias. También afirmamos, siguiendo a Clausewitz, que tan importante resulta la forma de hacer la guerra como las condiciones de



la paz. Finalmente la guerra, como todo conflicto, es una contraposición de voluntades entre actores que no logran conciliar sus intereses. ¿Cómo conciliar la visión del mundo de quien trabajaba en las Torres Gemelas de Nueva York con la de aquel que se encuentra en las barrancas más profundas de Afganistán?

Los principales seguidores del mulah Omar y del líder de Al Qaeda en Afganistán son jóvenes huérfanos producto de un escenario de veinte años de guerra. Entre los 17 y los 25 años, en su mayoría no han conocido la vida familiar ni el trato con las mujeres, lo que ha convertido a muchos de ellos en misóginos; fueron educados en las *madradas* (escuelas religiosas) de los talibán en Pakistán, en las enseñanzas del Corán y en la cultura de la guerra. Ni ellos ni sus maestros aprendieron matemáticas, ciencias, geografía o historia, ni siquiera la suya propia; tampoco aprendieron oficios o formas de ganarse la vida. Su cultura, desde pequeños, es la violencia. Su única guía es la religión, en la forma en que los talibán se la han enseñado. A ellos les deben lealtad absoluta. Tienen poca o ninguna idea de lo que sucede en el resto del mundo. Ni la menor idea de quiénes eran, cómo pensaban o cómo vivían aquellos que murieron en las Torres Gemelas, más allá de que eran *los infieles*. En su mayoría no tienen nada que perder. No tienen familia, propiedades, negocios o un trabajo que proteger.

Para la mayoría de los europeos y de los estadounidenses, lo más importante es mantener las condiciones prevalecientes para su desarrollo personal, la certidumbre de su empleo, la seguridad de su patrimonio y la preservación de sus valores de libertad y democracia. Para unos y otros el valor de la vida no es equiparable. Para los occidentales dar la vida por una causa se reduce prácticamente a excepcionales actos de heroísmo. Para los afganos y los fundamentalistas extranjeros comprometidos con la Jihad, perder la vida es parte de su misión. Morir en la Jihad, como lo entienden los grupos islámicos fundamentalistas, es obligación y privilegio de los seguidores de Alá.

Las distancias entre una y otra cultura parecen insalvables. A diferencia de quienes trabajaban en las Torres Gemelas, que tenían una casa en donde los esperaba una familia, una cuenta en el banco, un club deportivo y vacaciones programadas, la mayor parte de los seguidores de los talibán no tienen casa, familia, empleo, cuenta en el banco, mascota o planes de vacaciones. Toda su



energía y su vida misma están dispuestas para enfrentar a los infieles en su tierra.

Así las cosas, el conflicto que subyace a la guerra contra el terrorismo es de enorme complejidad. Osama Bin Laden logró llegar tan lejos como ningún otro terrorista lo había hecho. Logró sorprender, conmover y provocar una movilización sin precedentes de la primera potencia mundial, que pagó muy caro sus fallas en materia de estrategia para el manejo de conflictos con el uso de la fuerza por parte de actores no convencionales. Podría suceder incluso que no volvámos a saber de la existencia de Osama Bin Laden y del mulah Mohamed Omar y que sus organizaciones nunca se repongan de los golpes recibidos. Esto no garantiza que el problema esté superado ni que la inseguridad en el siglo XXI, producto del terrorismo internacional, se convierta en un tema del pasado.

El título de este ensayo podría sonar profano. Ubicar al gran teórico de la guerra en el mismo nivel del terrorista más buscado de todos los tiempos podría parecer trivial. Karl von Clausewitz se ganó su lugar en la historia por su capacidad analítica del fenómeno más grave y delicado de que es capaz el hombre. Bin Laden se ganó su lugar, en el mismo salón de la fama, por los niveles a los que logró llevar la capacidad de destrucción sin un Estado, un ejército y un territorio, lo que sin duda lo convierte en una figura histórica de la guerra. ❧

BIBLIOGRAFÍA

- McNeill, William H., *The Pursuit of Power*, Chicago, University of Chicago Press, 1982.
Rashid, Ahmed, *Los talibán*, Barcelona, Ediciones Península, 2001.
Reinares, Fernando, *Terrorismo y Antiterrorismo*, Barcelona, Paidós, 1998.
Sawyer, Ralph, *The Seven Military Classics of Ancient China*, Bolder, Westview Press, 1993.
Tuchman, Barbara, *La marcha de la locura: la sinrazón desde Troya hasta Vietnam*, México, FCE, 1989.